

Tensión entre Japón y China por Taiwán: el significado de una “situación que amenaza la supervivencia”

Dr. Ritter Díaz
International Consultant
Tokio, 22 de diciembre de 2025

Antecedentes

Japón y China entraron en una nueva etapa de tensión en sus relaciones luego de que la primera ministra japonesa, Sanae Takaichi, declarara en el Parlamento japonés el pasado **7 de noviembre** que un eventual ataque militar de China contra Taiwán podría considerarse una **“situación que amenaza la supervivencia”** de Japón. Aunque la primera ministra insistió en que su comentario se basaba en la legislación de seguridad ya existente en Japón, la declaración atrajo una atención considerable al vincular de manera explícita un conflicto en Taiwán con la propia supervivencia nacional japonesa.

Hasta ahora, los primeros ministros japoneses se habían abstenido de ofrecer definiciones o escenarios concretos sobre cómo podría responder Japón ante una crisis relacionada con Taiwán. Este episodio pone de relieve la elevada sensibilidad que rodea la cuestión de Taiwán y refleja un entorno de seguridad regional cada vez más tenso en Asia Oriental, donde convergen los legados históricos, el derecho internacional y la competencia entre grandes potencias.

La reacción de China y la cuestión de Taiwán

China reaccionó con dureza, reiterando que Taiwán constituye un interés esencial de su política exterior y un asunto en el que no tolera ninguna forma de interferencia externa, incluso recurriendo a medidas severas contra aquellos países que, desde su perspectiva, no respetan el **principio de “una sola China”**. Para Pekín, las declaraciones de la primera ministra Takaichi sobre Taiwán cruzaron una línea roja.

El gobierno chino considera a Taiwán como un asunto no resuelto de la guerra civil china entre el Partido Comunista Chino y el Partido Nacionalista (Kuomintang), conflicto que quedó interrumpido en 1949 cuando los nacionalistas se replegaron a Taiwán tras ser derrotados por las fuerzas comunistas. China sostiene que dicha guerra no ha concluido formalmente y que la reunificación constituye un asunto interno, que incluso podría llevarse a cabo mediante el uso de la fuerza.

Tras las declaraciones de la primera ministra Takaichi, China presentó enérgicas protestas diplomáticas e implementó una serie de medidas, entre ellas recomendaciones a sus ciudadanos para evitar viajar a Japón, restricciones a las importaciones de productos del mar, la cancelación de eventos culturales en China, actividades militares en aguas internacionales cercanas a Japón y la suspensión de los intercambios entre personas. En su conjunto, estas acciones reflejan un enfoque deliberadamente calibrado por parte de Pekín para reafirmar su posición sobre la cuestión

de Taiwán mediante el uso de instrumentos diplomáticos, económicos y militares, evitando al mismo tiempo una confrontación militar directa. No obstante, el reciente incidente en el que un avión de combate chino fijó su radar sobre un caza japonés ha elevado las preocupaciones sobre el riesgo de un error de cálculo que pudiera desencadenar un enfrentamiento militar directo entre ambos países.

Asimismo, la reacción china está influida por heridas históricas aún presentes, como la adquisición japonesa de Taiwán tras la Primera Guerra Sino-Japonesa (1894–1895), la ocupación de Manchuria en 1931 y la guerra entre 1937 y 1945, incluido el episodio conocido como la Masacre de Nankín. Estos acontecimientos siguen ocupando un lugar central en la memoria histórica china y condicionan la forma en que Pekín percibe el comportamiento de Japón.

La respuesta de Japón y los esfuerzos por estabilizar la situación

Luego de la reacción china, Japón actuó con rapidez para subrayar la importancia de la moderación y del diálogo constructivo con Pekín. El gobierno japonés señaló que su política básica hacia China y Taiwán no ha cambiado y reiteró los compromisos establecidos en el **Comunicado Conjunto Japón–China de 1972**, en el que Japón reconoce a la República Popular China como el único gobierno legal de China y manifiesta su respeto por la posición de Pekín sobre Taiwán.

Al mismo tiempo, Tokio ha evitado realizar comentarios adicionales sobre detalles operativos ante una eventual emergencia en torno a Taiwán, manteniendo su práctica tradicional de evaluar cada situación de forma individual conforme a su legislación de seguridad. Las autoridades japonesas insistieron en que las declaraciones de la primera ministra reflejan el marco legal vigente y no implican un cambio de política ni una intención de confrontación.

La propia Takaichi explicó en el Parlamento que sus declaraciones se ajustaban a un guion oficial basado en la posición legal del gobierno, aunque reconoció que su visión personal de la seguridad regional está influida por lo que considera un entorno cada vez más severo. Desde entonces, Japón ha enfatizado la importancia del diálogo, la gestión de crisis y la prevención de errores de cálculo, manifestando su voluntad de estabilizar las relaciones y reducir la tensión retórica con China. Sin embargo, Pekín no detendrá la presión hasta que la Primera Ministra Takaichi se retrakte en torno a sus declaraciones sobre la situación que amenace la supervivencia de Japón en caso de una acción militar de China en Taiwán.

Qué significa una “situación que amenaza la supervivencia” y sus implicaciones para Japón

Según la legislación japonesa, una “situación que amenaza la supervivencia” se produce cuando un ataque armado contra un país estrechamente vinculado a Japón genera un peligro claro para la supervivencia del propio Japón y amenaza de manera fundamental la vida, la libertad y la seguridad de su población, incluso si el territorio japonés no es atacado directamente.

En la práctica, un conflicto a gran escala en Taiwán podría encajar en esta definición por varias razones. Desde el punto de vista geográfico, Taiwán se encuentra muy cerca de las islas del suroeste de Japón, con la isla japonesa de Yonaguni situada a unos **110 kilómetros de Taiwán**,

por lo que cualquier conflicto se desarrollaría en espacios marítimos y aéreos próximos al territorio japonés.

En el ámbito militar, un escenario de este tipo aumentaría el riesgo de lanzamientos de misiles y de operaciones aéreas y navales cerca de Japón, con posibles efectos colaterales sobre su territorio o sobre fuerzas estadounidenses estacionadas en el país. Asimismo, las fuerzas armadas de EE.UU. podrían intervenir militarmente para defender a Taiwán en caso de un ataque o bloqueo por parte de China lo que conduciría inevitablemente a la intervención de Japón.

En el plano económico, Japón depende en gran medida del comercio marítimo y de las importaciones de energía, por lo que una interrupción de las rutas marítimas en torno a Taiwán afectaría de inmediato la seguridad energética, el suministro de alimentos y las cadenas de suministro industriales.

Estas preocupaciones se ven agravadas por las reclamaciones territoriales chinas sobre las islas Senkaku (llamadas Diaoyu por Pekín) y las frecuentes incursiones de buques y aeronaves chinas en aguas cercanas, lo que refuerza en Japón la percepción de que las ambiciones estratégicas de China podrían extenderse más allá de Taiwán. Desde la perspectiva japonesa, un cambio significativo en el equilibrio regional tras el uso de la fuerza contra Taiwán podría someter al país a una presión estratégica constante, convirtiendo una crisis en Taiwán en un asunto directo de seguridad nacional.

La ambigüedad estratégica y la postura cautelosa de Estados Unidos

Con respecto a la cuestión de Taiwán, el gobierno de Estados Unidos ha mantenido históricamente una política de **ambigüedad estratégica**, mediante la cual Washington no se compromete explícitamente a defender militarmente a Taiwán en caso de un ataque por parte de China, pero tampoco excluye la posibilidad de intervenir. Esta ambigüedad responde a un doble objetivo: por un lado, disuadir a China del uso de la fuerza al introducir incertidumbre sobre la respuesta estadounidense; y por otro, disuadir a Taiwán de avanzar hacia una declaración formal de independencia, al no contar con una garantía automática de defensa. En términos generales, se trata de una política orientada a la **prevención del conflicto** y a la **preservación del statu quo**.

En la coyuntura actual de creciente tensión entre Japón y China, la administración Trump ha adoptado un discurso relativamente más moderado. Washington parece buscar un equilibrio entre su interés en avanzar en acuerdos comerciales con China —incluida la negociación de aranceles— y la reafirmación de su compromiso con la seguridad de Japón en caso de una crisis regional. Este enfoque sugiere una priorización pragmática de consideraciones económicas y estratégicas, sin que ello implique, al menos de forma explícita, un abandono de los compromisos de seguridad vigentes.

No obstante, esta postura cautelosa ha sido observada con atención en Japón y ha generado interrogantes sobre el papel futuro de Estados Unidos como principal actor disuasivo en el mantenimiento de la estabilidad en el mar de China Oriental. Por ello, no es de sorprender que en los círculos políticos y estratégicos japoneses surja la percepción de que la tradicional ambigüedad estratégica estadounidense podría verse progresivamente sustituida por un enfoque más

transaccional, asociado al estilo político del presidente Trump, lo que conduciría a una alteración del actual equilibrio estratégico en torno a Taiwán.

En este contexto, resulta comprensible que emergan en Japón debates y posturas que aboguen por una revisión de su política de seguridad, orientadas a fortalecer una mayor **autonomía estratégica**. Dicha orientación no representaría necesariamente una alternativa a la alianza de defensa con Estados Unidos, sino un complemento a dicha alianza destinado a reducir vulnerabilidades y aumentar la capacidad de adaptación japonesa ante eventuales cambios en la postura de Washington, especialmente en vista de la inestable política doméstica de Estados Unidos.

Conclusión

Para muchos analistas en Asia Oriental, la situación actual refleja tensiones estructurales de larga data más que un cambio repentino de política. China percibe a Taiwán como un asunto crítico de soberanía y unidad nacional ligado a su historia, mientras que Japón considera la estabilidad regional y la libertad de navegación como elementos esenciales para su propia supervivencia. Las heridas históricas continúan influyendo en la desconfianza mutua, aunque ambas partes son conscientes del enorme costo que implicaría un conflicto abierto.

Las declaraciones de la primera ministra Takaichi no constituyen una amenaza directa contra China, sino que ponen de relieve los dilemas legales y estratégicos que enfrenta Japón en un entorno regional cada vez más inestable. Este episodio demuestra lo complejo que resulta abordar escenarios hipotéticos de seguridad en una región donde la historia, el derecho internacional y la política de poder están profundamente entrelazados.

En última instancia, tanto Japón como China continúan subrayando la importancia de la estabilidad —un concepto profundamente arraigado en ambas culturas—, recordando que el control del lenguaje puede ser tan importante como el control de las capacidades militares para evitar una escalada. Ambos actores históricos comprenden bien que el costo humano y material de hacer la guerra es mas elevado que el costo de mantener la paz.